

Puerto Montt, Chile

Sentados frente al mar

Ángela Arce



Es inconcebible para mí despertar a las seis de la mañana en época de vacaciones. Incluso si tengo un pasaje comprado. Quizá fue por eso que tuve que mover mis brazos frente al bus para que se detuviera a la salida del terminal de Villarrica, cuando ni siquiera había aparecido el sol.

El conductor, aguantándose la risa, preguntó si mi destino era Puerto Montt y yo, buscando el inhalador en la mochila, asentí en silencio para que no percibiera mi agitada respiración tras haber corrido solo un par de metros. Encontré mi asiento y me mentalicé con la idea de pasar cuatro horas sentada.

Casas pequeñas y de colores adornaban la entrada de la carretera a la ciudad y contrastaban con los talleres de mecánica que aparecían camino al último destino de mi transporte. La terminal de buses de Puerto Montt parecía un aeropuerto y, apenas salí a caminar, percibí enormes edificios que tranquilamente podían pertenecer a un lugar mucho más alejado de aquellas cálidas residencias que ya ni estaban a la vista.

Decidida a regresar con algo que contar y con la mochila colgada hacia delante —me habían

comentado que en esa ciudad tan inspiradora los asaltantes no faltaban—, enrumbé hacia los lugares turísticos que esperaba que me tomaran suficiente tiempo.

Tres horas después, sin nada más que hacer que seguir recorriendo el malecón, decidí dirigirme a la terminal de buses, donde planeaba esperar hora y media para volver. Los pintorescos chilenos del sur tienen la particularidad de hablar muy alto y sin reparo con los desconocidos. Sin embargo, no pude evitar saltar por la sorpresa cuando una voz en *off* interrumpió mi tarareo.

—Oye, una pregunta. ¿Qué significa el símbolo de tu collar?

Eran dos mochileros. El que había hecho la pregunta no era muy alto. Vestía un polo negro con el logo de alguna banda metalera, usaba muñequeras con púas y tenía la oreja derecha perforada. El de más tamaño parecía inofensivo: un polerón rojo despintado y un pantalón de buzo azul que se notaba que no había visitado la lavandería en mucho. Ambos lucían un bronceado envidiable y cargaban, además del tremendo equipaje, una lata de cerveza Báltica, la más barata del país.

—Son las Reliquias de la Muerte —respondí sin poder quitarme la expresión de asombro.

Ante la mirada interesada de ambos, expliqué que eran parte del mundo de Harry Potter y esperé alguna sonrisita burlona como las que suelo recibir cuando comento el origen de mi colgante. Nada.

—*Hablai* diferente. ¿De dónde eres? —preguntó el mismo interrogador intentando alargar la “S” al final de su oración.

—Lima.



Se miraron entre ambos y la paranoia, que ya estaba desapareciendo, me convenció de que tendría que correr lo más rápido posible si es que se acercaban más de lo socialmente aceptado. Preguntaron mi nombre sin inmutarse y yo aflojé los dedos aferrados a mi mochila.

—Y, Ángela, ¿nos puedes explicar el asunto de La Haya? Nos enteramos porque vimos una portada. Entenderás que no estamos muy al tanto con las noticias.

El alto hablaba por primera vez y pude deducir que, a pesar de ser el menos lanzado, era el mayor.

—Pero antes... ¿te parece si nos sentamos?— dijo el metalero, Julio.

Después de analizar el porcentaje de riesgo que podía correr si entablaba una conversación con esos dos personajes, accedí y opté por quedarme. Ya ubicada, les conté la propuesta de cada país ante la Corte Internacional y qué era lo que se había determinado como nuevo límite marítimo, aunque a la mitad de la explicación sabía que ya no me estaban atendiendo.

—No entiendo. Ese mar es de Arica y Arica es de Chile, entonces...

—Arica antes era de nosotros —señalé con un poco de pedantería y sin tener en cuenta que podía salir perdiendo.

Ambos cruzaron miradas de "aaah" y se rieron.

—Se nota que se conocen desde hace mucho —comenté en un intento de desviar la atención del asunto, aún controversial.

—Sí, de hecho, la primera vez que nos vimos el Claudio y yo fue en ese faro —indicó Julio con su dedo—. Después de un par de noches de compartir chelas, decidimos viajar juntos.

—Qué romántico —dije mientras se me escapaba una risa, que, agradecí, fue acompañada por las de los dos.

Como sabiendo que se venía un momento incómodo, el feroz viento me despeinó sin compasión y yo tuve que poner ambos brazos sobre mi cabeza para que el cabello se mantuviera en su sitio. Se aguantaron la carajada.

—No pareces peruana —ellos eran más hábiles que yo en el arte de cambiar de tema.

—Eres muy linda para ser peruana.

Justo cuando me iba a indignar y dar mi discurso de 'todas las mujeres son bonitas, sobre todo las de mi patria', un tercero llegó tambaleándose. Llevaba puesto unos jeans caídos, con la correa desajustada y, en una zona comprometedor, una mancha aún fresca de un líquido que preferiría no definir. Saludó a los chicos y, como la marihuana

no quita lo cortés, se acercó a presentarse. Sin embargo, se detuvo, entrecerró los ojos y empezó a cantar sin despegarme la mirada.

—You are so beautiful... to me. You are so beautiful... can't you see?

Sin dejar de cantar, hizo un gesto con su mano para pedir la mía, la besó y se sentó en el suelo a conversar. Julio le dijo que lo buscaban en el centro porque querían comprar de su mercancía, pero él giró los ojos hacia la cámara que colgaba de mi cuello y me pidió que le tomara fotos. Apenas las vio y estuvo satisfecho, se echó a llorar en pleno malecón de la ciudad.

Los mochileros me dirigieron una mirada de disculpa y lo convencieron de que vaya a buscar más clientes. Sin saber muy bien cómo había yo terminado haciéndole retratos a un *dealer*, me despedí de él sin que mi rostro delatara que acababa de pasar por una experiencia que definitivamente está en el top cinco de las más extrañas.

—Tu collar me recuerda al ojo de Odus, el de la teoría de la conspiración. ¿Has escuchado sobre ella?

Negué con la cabeza mientras me preguntaba a mí misma si realmente quería conocer esa especulación.

—He escrito sobre el tema en mi Facebook, ¿con qué nombre te encuentro? Así lo lees.

—Mejor dime el tuyo y yo te busco.

—Yo estoy con mi nombre, Claudio Hernández, pero es bien común. Cualquiera *weron* se llama así. Mejor él, Julitro 666.

—¿Seis, seis, seis? —le pregunté a Julio evitando que se notara el sarcasmo o que se me escapara la risa.

—Sí, así nadie se olvida de mí.

Cualquiera diría que, al ser un puerto, el olor a pescado invadiría todo el malecón. Pero no. Nada indicaba que el mercado, a unos cuarenta metros, ofrecía todo tipo de productos marinos. Si tan solo el Callao fuera así.

—Pero te explico la teoría ahora. ¿Tú sabías que el agua de Chile tiene flúor?

—¿Qué?

—Es por el FLÚOR que se puede ejercer control sobre los chilenos, como todos tomamos agua. Es lo que utilizan las familias de poder, como los Rockefeller, en Estados Unidos con los gringos, por eso son tan...

—Estúpidos— la convicción de Julio me sorprendió.

—No hay que generalizar tampoco— aclaré.

La teoría me estaba aburriendo. Desvié la vista hacia el mar. El sol en el malecón de

Puerto Montt era intenso, pero el viento se volvía cada vez más frío, aunque el paisaje siguiera despejado. Alcé los ojos casi de manera imperceptible y pude ver aquel "cielo azul" que Los Iracundos describen tan bien, pero no es cualquier azul, sino uno que parece precisamente elegido como el mejor color para teñir el paisaje de esa ciudad. Sin embargo, ver una foto del lugar podría haber sido engañoso, pues el viento helado, que tantas veces se había hecho presente en el día, obligaba a usar chompa y casaca bajo un sol que lo único que hacía era volver la vista aún más agradable.

—Y por eso nos quieren eliminar, porque lo sabemos.

Claudio usó un tono de voz tan concluyente que me sacó de mi ensimismamiento lo suficientemente rápido como para que no se dieran cuenta. Sonreí y dije que tenía sentido y que leería más al respecto, pero ya no me prestaban atención. Acababa de pasar una rubia con pinta de turista que intentaba prender su cigarro y Claudio decidió no despegarle los ojos de encima.

Pero no quedó ahí. Se acercó y se paró frente a ella.

—¿Crees que me puedas invitar uno?

La chica, cuya cara de sorpresa me recordó a la que yo había tenido media hora antes, dudó al inicio y luego le ofreció su cajetilla

abierta, además de prestarle el encendedor. Cuando se sentó con nosotros de nuevo, compartió el cigarro con Julio, quien, mientras botaba el humo de la boca, se quedó mirándome pensativo hasta que se animó a hablar.

—¿Puedo preguntarte algo y desear que la respuesta sea que sí?

—No te lo puedo asegurar, pero a ver— repliqué, concentrándome para que no subiera la sangre a mis mejillas.



—¿Podí regalarme algo tuyo para que siempre te recuerde?

—¿Algo como qué?

—Como uno de tus aretes.

—Pero es nuevo y realmente me gusta.

Antes de que Julio pudiera replicar, vi la hora. Solo faltaban treinta minutos para que mi bus saliera.

—¿Me acompañan a la terminal?

Aunque tuve los sentidos alerta durante todo el encuentro, no pude evitar encogerme al saber que, después de despedirme, no volvería a verlos. Me había encariñado con la manera en que veían el mundo y los admiraba un poco por cargar con tremendo equipaje a todos lados.

—Vayan avanzando. Voy a orinar.

Claudio negó con la cabeza en señal de frustración al ver cómo Julio se iba a una de las esquinas que había cerca. Como no quería ver ni a uno vaciando sus esfínteres, ni al otro renegando sobre la falta de etiqueta social del primero, giré la cabeza para echar un vistazo final al malecón. Al medio, como queriendo ser imponente, se erguía la estatua "Sentados frente al mar", un monumento en homenaje a la canción en honor a la ciudad. Fue como imaginarse a los amantes de Víctor

Delfín en el Parque del Amor de Miraflores, pero pintados. Y parecían coloreados por niños, pues los ojos bizcos solo terminaban de afeear lo que pudo haber sido un lindo detalle en un puerto tan conocido por un *hit* de los sesentas.

Al llegar a la estación de buses, me di cuenta de que esperaban un abrazo de despedida. Cuando Julio se acercó y me envolvió en sus

brazos, lo único que pasó por mi cabeza en ese momento fue "no se ha lavado las manos". Intentando dejar de lado mis ascos, sonreí y entré al bus. Justo antes de que me pusiera a revisar mi mochila a ver si habían aprovechado el abrazo para sacar algo, Claudio gritó:

—¡No te olvides! ¡Julitro 666!